

Rudyard Kipling

# Capitanes intrépidos

Traducción de José Luis López Muñoz



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *Captains Courageous*

Primera edición: 1988

Tercera edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-206-9104-638-7

Depósito legal: M. 125-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Uno
27	Dos
52	Tres
81	Cuatro
106	Cinco
127	Seis
141	Siete
152	Ocho
182	Nueve
215	Diez



# Uno

La puerta del salón de fumadores había quedado abierta a la niebla del Atlántico septentrional, mientras el gran buque de pasajeros se balanceaba y cabeceaba sin dejar de tocar la sirena para advertir de su presencia a la flotilla pesquera.

–Ese muchacho, Cheyne, es la persona más molesta de a bordo –dijo un individuo con abrigo de frisa, cerrando la puerta con violencia–. No queremos verlo por aquí. Es un impertinente.

Un alemán de pelo cano cogió un sandwich y murmuró entre bocados:

–Gonosgo a los de su especie. América está llena de tибos como él. Ustedes deferían imbortar cafos de cuerda lífres de aranseles.

–¡Bah! No es tan malo como todo eso. Yo le creo más digno de compasión que de otra cosa –dijo un neoyorquino, desde su posición horizontal entre cojines bajo la

húmeda claraboya y arrastrando las palabras—. Lo llevan por ahí de hotel en hotel desde que era un crío. He hablado con su madre esta mañana. Es una dama encantadora, pero ni siquiera finge que lo tiene bajo control. El muchacho va a Europa a completar su educación.

—Todavía no han empezado a educarle —era el turno del pasajero de Filadelfia, acurrucado en un rincón—. A ese chico le dan doscientos dólares al mes como dinero de bolsillo, según me ha contado él mismo. Y todavía no ha cumplido los dieciséis.

—Su badre tiene que fer con los ferrocarriles, ¿no es cierto? —preguntó el alemán.

—Y con las minas, la madera y los transportes marítimos. El viejo se ha construido un palacio en San Diego y otro en Los Ángeles; es propietario de media docena de compañías ferroviarias y de la mitad de la madera de la costa del Pacífico, pero deja que su mujer se gaste el dinero —siguió perezosamente el de Filadelfia—. La señora Cheyne dice que no le sienta bien el Oeste. Así que va de aquí para allá con el chico y con sus nervios, tratando de encontrar algo que le divierta, imagino. Florida, Adirondacks, Lakewood, Hot Springs, Nueva York y vuelta a empezar. A estas alturas el muchacho no pasa de ser un empleado de hotel de poca categoría. Cuando termine en Europa se habrá convertido en un tipo de cuidado.

—¿Y qué le pasa al viejo para no poder atenderlo él mismo? —dijo una voz desde el abrigo de frisa.

—El viejo se dedica a amontonar pasta. Imagino que no quiere que lo molesten. Se dará cuenta de su equivocación dentro de unos años, y es una pena, porque el chico tiene buena madera si se sabe encontrarla.

—¡Con un cafo de cuerda, con un cafo de cuerda! —gruñó el alemán.

Una vez más la puerta se abrió con estrépito, y un muchacho menudo y esbelto, tal vez de quince años, con un cigarrillo a medio fumar colgado de la comisura de la boca, se asomó por encima de la empinada escalerilla. El tono amarillento de su tez resultaba impropio de alguien tan joven, y en su mirada se mezclaban indecisión, fanfarronería y viveza de golfillo. Vestía una chaqueta cruzada de color guinda, pantalones bombachos, medias rojas y zapatillas de montar en bicicleta, todo ello coronado por una gorra roja de franela muy echada hacia atrás. Después de silbar entre dientes mientras examinaba a los ocupantes del salón, dijo con voz alta y chillona:

—Hay una niebla que se corta. Se oye a los pesqueros graznando a nuestro alrededor. Sería fantástico que echáramos alguno a pique, ¿no les parece?

—Cierra la puerta, Harvey —dijo el neoyorquino—. Círrala y quédate del otro lado. No eres persona grata.

—¿Quién me va a echar? —respondió el muchacho, recalcando mucho las palabras—. ¿Es que me ha pagado usted el pasaje, señor Martin? Creo tener los mismos derechos que cualquiera.

Cogió unos dados que estaban sobre un tablero de damas y empezó a lanzarlos, la mano derecha contra la izquierda.

—Oigan, esto está más aburrido que un velatorio. ¿No podríamos organizar una partida de póquer entre unos cuantos?

Nadie respondió, y Harvey dio una chupada al cigarrillo, balanceó las piernas y tamborileó sobre la mesa con

dedos bastante sucios. Luego se sacó del bolsillo un fajo de billetes como para contarlos.

–¿Qué tal está tu mamá? –preguntó alguien–. No la he visto durante el almuerzo.

–Supongo que en su camarote. Casi siempre se marea cuando salimos a alta mar. Voy a dar quince dólares a la camarera para que la cuide. No me gusta bajar si puedo evitarlo. Siento una cosa rara cuando paso delante de ese sitio donde está la despensa del mayordomo.

–No hace falta que te disculpes, Harvey.

–¿Quién se está disculpando? Es la primera vez que cruzo el océano y, excepto el primer día, no me he mareado en lo más mínimo. ¡No, señor! –Para expresar lo satisfecho que estaba de sí mismo le asestó un puñetazo a la mesa, se humedeció el dedo y empezó a contar billetes.

–No hay duda de que eres una máquina de excelente calidad, con la marca de fábrica bien visible –bostezó el pasajero de Filadelfia–. A poco que te descuides llegarás a convertirte en un motivo de orgullo para tu país.

–No crea que no me doy cuenta. Soy americano de los pies a la cabeza, desde que me levanto hasta que me acuesto. Se van a enterar cuando desembarque en Europa. ¡Vaya! Se me ha apagado el pitillo. No hay quien fume esa porquería que vende el camarero. ¿Alguien tiene un cigarrillo turco auténtico?

El jefe de máquinas entró un momento, colorado, sonriente y mojado.

–Oye, Mac –exclamó Harvey alegremente–, ¿qué tal vamos?

–Más o menos como de ordinario –fue la calmosa respuesta–. Los jóvenes, tan corteses como siempre con



sus mayores, y sus mayores tratando incluso de agradecerse.

De un rincón brotó una risa contenida. El alemán abrió su petaca y ofreció a Harvey un delgado puro de tabaco muy negro.

—Aquí tienes el broducto apropiado para fumar, mi joven amigo —dijo—. ¿No quieres probarlo? ¿Sí? Quedarás plenamente satisfecho.

Harvey encendió ostentosamente aquel cigarro tan poco grato a la vista. Tenía la sensación de estar incorporando a la sociedad de los adultos.

—Hace falta algo más fuerte para acabar conmigo —dijo, ignorante de que se disponía a fumar una terrible tagarmina Wheeling.

—Lo feremos en seguida —dijo el alemán—. ¿Dónde estamos ahora, señor Mactonal?

—Más o menos donde deberíamos estar, señor Schaefer —dijo el jefe de máquinas—. Esta noche llegaremos al Gran Banco; pero en líneas generales se puede decir que estamos en medio de la flotilla pesquera. Desde la hora del almuerzo, además de pasar rozando junto a tres *doris*, casi le hemos arrancado el botalón a un barco francés, y eso ya es mucho apurar, por decirlo de alguna manera.

—¿Te gusta mi sigarro? —preguntó el alemán, porque a Harvey se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Buen sabor e intenso aroma —respondió el muchacho, apretando los dientes—. Parece que vamos más despacio, ¿no es cierto? Voy a echar una ojeada al cuaderno de bitácora.

—Eso es lo que yo haría si estuviera en tu lugar —dijo el alemán.

Harvey recorrió a trompicones la húmeda cubierta hasta alcanzar la barandilla más próxima. Se encontraba francamente mal; pero vio que el camarero estaba reuniendo las hamacas para atarlas juntas, y como había presumido ante él de que no se mareaba nunca, el orgullo le hizo caminar más allá del salón de segunda clase, hacia el extremo de la cubierta, que terminaba en una superficie convexa. La cubierta estaba vacía, y Harvey se arrastró hasta el final, muy cerca del asta de la bandera. Allí se dobló sobre sí mismo, debilitado a causa del intenso malestar, porque la tagarnina y la vibración y el estruendo de la hélice parecían esforzarse juntos por arrancarle el alma. Sintió que se le hinchaba la cabeza; chispas de fuego bailaron ante sus ojos; le pareció que su cuerpo perdía peso, mientras el viento le movía los pies, suspendidos en el aire. Estaba a punto de desmayarse a causa del mareo, y un bandazo del barco le arrojó por encima de la barandilla a la superficie convexa donde terminaba la cubierta. En seguida una enorme ola gris surgió de entre la niebla, se metió a Harvey bajo el brazo, por así decirlo, y se lo llevó hacia sotavento; cuando la gran extensión verde se cerró sobre él, se quedó tranquilamente dormido.

Le despertó un sonido semejante al del cuerno de caza con que solían llamar para las comidas en el curso de verano al que había asistido en los montes Adirondacks. Poco a poco recordó que era Harvey Cheyne, y que se había ahogado y había muerto en alta mar; pero estaba demasiado débil para atar más cabos. Los olores completamente nuevos; todo estaba húmedo y pegajoso, tiritaba continuamente y tenía la ropa empapada. Al abrir

los ojos advirtió que todavía flotaba sobre el mar, porque lo veía correr a su alrededor en montículos plateados; comprobó que estaba tumbado sobre un montón de peces medio muertos y que tenía delante una amplia espalda humana vestida con un jersey azul.

–Es inútil –pensó el muchacho–. No cabe duda de que estoy muerto y ese ser es quien manda aquí.

Se le escapó un quejido, y la figura volvió la cabeza, dejando ver unos aretes de oro, escondidos a medias entre rizosos cabellos negros.

–¡Ajá! ¿Cómo te encuentras? –dijo la cabeza–. Sigue tumbado. Es mejor para maniobrar.

Con un rápido movimiento de los remos, el tripulante del bote impulsó la bamboleante proa del *dory* hacia un mar sin espuma que lo levantó seis metros cumplidos para dejarlo caer inmediatamente en el abismo que apareció a continuación. Pero aquel subir y bajar montañas no interrumpió la conversación de jersey azul.

–No ha estado nada mal eso de pescarte, te lo digo yo. ¿Eh? ¿Cómo dices? Todavía ha estado mejor conseguir que no me pillara tu buque. ¿Cómo te has caído al agua?

–Me mareé –dijo Harvey–; me mareé y no pude evitarlo.

–Toqué la caracola justo a tiempo, y tu barco dio un bandazo. Fue entonces cuando te vi caer. ¿Eh? ¿Cómo dices? Pensé que la hélice te convertiría en cebo para los peces, pero el mar te arrastró..., te arrastró hacia mí, y te cogí como si fueras un pez grande. Así que esta vez no te vas a morir.

–¿Dónde estoy? –preguntó Harvey, que no se sentía especialmente a salvo tendido allí.

—Estás conmigo en el *dory*..., me llamo Manuel, y vengo de la goleta *Estamos aquí* de Gloucester. Yo vivo en Gloucester. Dentro de un rato cenaremos. ¿Eh? ¿Cómo dices?

Manuel parecía tener dos pares de manos y una cabeza muy firme, porque para soplar por la gigantesca caracola debía necesariamente ponerse en pie, balanceándose con el vaivén del *dory* de fondo plano, y lanzar en seguida un gemido chirriante y angustioso a través de la niebla. Más adelante Harvey no recordaba cuánto duró aquella diversión, porque siguió tumbado y dominado por el terror que le producía el espectáculo del humeante oleaje. Luego le pareció que oía un disparo, el sonido de otro cuerno y gritos. Una embarcación más grande que el *dory*, pero igualmente agitada por las olas, se perfiló a su lado. Se escucharon varias voces al mismo tiempo; lo dejaron caer en un agujero negro y palpitante, donde hombres con trajes de hule le dieron una bebida caliente y le quitaron la ropa. Muy pronto se quedó dormido.

Al despertarse aguzó el oído tratando de escuchar la primera llamada para el desayuno en el transatlántico, preguntándose por qué su camarote se había reducido tanto de tamaño. Al darse la vuelta vio una estrecha cueva triangular, iluminada por una lámpara colgada cerca de una enorme viga cuadrada. Al alcance de la mano tenía una mesa triangular que llegaba desde el ángulo de la proa hasta el palo de trinquete. En el extremo posterior, detrás de un gastado hornillo Plymouth, se sentaba un chico de su misma edad aproximadamente, de cara rojiza y plana y brillantes ojos grises, vestido con jersey azul y botas altas de goma. En el suelo había varios pares del

mismo tipo de calzado, una gorra vieja, varios calcetines de lana muy usados, y entre las literas se balanceaban trajes de hule negros y amarillos. Todo el lugar estaba tan lleno de olores como una bala lo está de algodón. Los trajes de hule despedían un aroma peculiarmente denso que hacía como de telón de fondo para los olores de pescado frito, grasa quemada, pintura, pimienta y tabaco rancio; pero todos ellos, a su vez, quedaban aprisionados por un olor dominante a barco y agua salada. Harvey vio con desagrado que su catre no tenía sábanas. Estaba tumbado sobre una pieza de sucio terliz lleno de bultos y nudosidades. Además, tampoco el movimiento de la goleta era como el de un barco de vapor, porque no cabeceaba ni se balanceaba, sino que más bien se retorció de una manera ridícula y sin sentido, como un potrillo atado con una cuerda. Sentía ruidos de agua muy cerca del oído, y a su alrededor las vigas crujían y gemían. Todo aquello le hizo gruñir desconsoladamente y pensar en su madre.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó el muchacho con una sonrisa—. ¿Quieres un poco de café?

Le acercó una taza de estaño que endulzó con melaza.

—¿No hay leche? —preguntó Harvey, escrutando la doble hilera de catres como si esperase encontrar una vaca en la semioscuridad.

—Bueno, no —dijo el chico—. Ni es probable que la haya hasta mediados de septiembre. El café no es malo. Lo he hecho yo.

Harvey bebió en silencio, y el otro le pasó un plato lleno de pedazos crujientes de cerdo frito que comió vorazmente.

–Te he secado la ropa. Tengo la impresión de que ha encogido un poco –dijo el chico–. No se parece mucho a las cosas que usamos nosotros..., nada de lo que llevabas. Mira a ver si te has hecho daño en algún sitio.

Harvey se estiró en todas direcciones, pero no descubrió ninguna lesión.

–Eso está bien –dijo el chico cordialmente–. Vístete y sube a cubierta. Papá quiere verte. Yo soy su hijo y me llamo Dan; hago de pinche del cocinero y me ocupo de todas las otras cosas a bordo que son demasiado sucias para los mayores. Soy el único chico aquí desde que Otto se cayó al mar..., no era más que un holandés, y además tenía veinte años. ¿Cómo es que te caíste al agua con una calma chicha?

–El mar no estaba en calma –dijo Harvey poniendo muy mala cara–. Había una tempestad y me mareé. Supongo que debí caerme por encima de la barandilla.

–Ayer el mar estuvo un poco agitado durante todo el día –dijo el chico–. Pero si es ésa la idea que tienes de una tempestad... –Dejó escapar un silbido–. Estarás mejor enterado antes de terminar. ¡Date prisa! Papá te está esperando.

Como muchos otros desafortunados jóvenes, Harvey nunca había recibido en toda su vida una orden directa..., nunca, por lo menos, sin largas explicaciones –en ocasiones llorosas– sobre las ventajas de la obediencia y las razones para solicitarla. La señora Cheyne vivía con el temor a destruir su personalidad, lo que, quizá, era la causa de que ella estuviera siempre al borde de la crisis nerviosa. A Harvey no se le alcanzaba por qué tendría que darse prisa para complacer a nadie, y así lo dijo.

–Tu padre puede bajar aquí si tiene tantas ganas de hablar conmigo. Quiero que me lleve inmediatamente a Nueva York. Le pagaré bien.

Dan fue abriendo los ojos a medida que advertía la enormidad y calidad de aquel chiste.

–Oye, papá –gritó por la escotilla del castillo de proa–, dice que bajes tú a verlo si tienes tantas ganas. ¿Me oyes?

Harvey no había oído nunca salir de pecho humano una voz más profunda que la que respondió.

–Dan, deja de hacer el tonto y mándalo para aquí.

El chico rió disimuladamente y le tiró a Harvey las combadas zapatillas para montar en bicicleta. Algo en el tono de aquella voz en la cubierta hizo que el hijo de Harvey Cheyne disimulara su extraordinaria indignación y se consolara con la idea de dar a conocer gradualmente, durante el viaje de vuelta a casa, la historia de la riqueza de su familia. Aquel salvamento le convertiría para siempre en un héroe entre sus amigos. Subió a cubierta por una escalerilla perpendicular y se dirigió a trompicones, superando una multitud de obstáculos, hacia donde un individuo achaparrado, totalmente afeitado, de cejas grises, estaba sentado en un escalón que llevaba al alcázar. La marejada había desaparecido durante la noche, dejando ver una amplia extensión de mar lustroso, punteado hasta el horizonte por las velas de una docena de pesqueros. Entre ellos se divisaban puntitos negros: los *doris* que habían salido a pescar. La goleta, con una vela triangular de fondeo en el palo mayor, se mantenía anclada sin dificultad y, a excepción del hombre cerca del techo del camarote –caseta suele llamársele–, estaba vacía.

–Buenos días..., más bien debería decir buenas tardes. Casi has dormido doce horas, jovencito –fue el saludo.

–Buenos días –dijo Harvey. No le gustaba que le llamasen «jovencito» y, dado que había estado a punto de ahogarse, esperaba mayor comprensión. Su madre sufría indescriptiblemente cada vez que se mojaba los pies, pero aquel marinero no parecía impresionado en absoluto.

–Ahora cuéntanos lo que pasó. Ha sido providencial, se mire como se mire, para todos los interesados. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde venías y a dónde ibas? Aunque nos imaginamos que de Nueva York y camino de Europa.

Harvey dijo cómo se llamaban él y el transatlántico, y añadió una breve descripción del accidente, que concluyó con la petición de que lo devolvieran inmediatamente a Nueva York, donde su padre pagaría la cantidad que se le pidiera.

–Hummm –dijo el hombre de rostro completamente afeitado, nada impresionado por el final del discurso de Harvey–. No voy a decir que nos merezca mucho respeto un hombre, o incluso un muchacho, que se cae de ese tipo de buque con el mar completamente en calma. Y menos aún cuando su excusa es que se ha mareado.

–¡Excusa! –protestó Harvey–. ¿Supone que me caí en su sucio barquichuelo por divertirme?

–Como no conozco cuáles son tus ideas sobre diversión, no estoy en condiciones de saberlo, jovencito. Pero si estuviera en tu lugar, no insultaría al barco del que se ha servido la Providencia para salvarte. En primer lugar, va contra la religión. Y en segundo, me resulta molesto..., y yo soy Disko Troop, del *Estamos aquí* de Gloucester, algo que al parecer ignoras.



–Ni lo sé ni me importa –dijo Harvey–. Por supuesto que les agradezco que me hayan salvado y todo lo demás; pero quiero que entienda que cuanto antes me lleve a Nueva York mayor será el beneficio.

–¿Qué quieres decir? –Troop alzó una tupida ceja sobre un ojo azul sospechosamente apacible.

–Dólares y centavos –dijo Harvey, feliz al pensar en el efecto que estarían haciendo sus palabras–. Ni más ni menos que dólares y centavos. –Metió una mano en el bolsillo y sacó un poco el estómago, que era su manera de darse importancia–. En toda su vida no ha hecho usted un trabajo más productivo que recogerme del océano. Soy el hijo único de Harvey Cheyne.

–Ha tenido mucha suerte –respondió Disko secamente.

–Y si no sabe quién es Harvey Cheyne, es que no sabe usted mucho..., eso es todo. Ahora dé media vuelta y avive la marcha.

Harvey estaba convencido de que los Estados Unidos estaban llenos de gente que, en su mayor parte, discutían sobre el dinero de su padre y se lo envidiaban.

–Quizá sepa mucho y quizá no. Si te aprietas el cinturón, jovencito, notarás que te has llenado la tripa con mi comida.

Harvey oyó una risita de Dan, que fingía estar ocupado junto al palo trinquete, y se puso colorado.

–También le pagaremos por eso –dijo–. ¿Cuándo supone usted que llegaremos a Nueva York?

–No voy nunca a Nueva York. Ni a Boston. Tal vez veamos Eastern Point hacia septiembre, y en cuanto a tu padre..., siento mucho no haber oído hablar de él..., qui-

zá me dé diez dólares después de todo lo que has dicho. Aunque también es posible que no me dé nada.

–¡Diez dólares! Mire, yo... –Harvey metió la mano en el bolsillo en busca del fajo de billetes. Todo lo que sacó fue un paquete de cigarrillos empapado.

–Eso no es moneda de curso legal, aunque sí perjudicial para los pulmones. Tíralo por la borda, jovencito, y prueba otra vez.

–¡Me lo han robado! –exclamó Harvey, rojo de indignación.

–Entonces, ¿tendrás que esperar a ver a tu padre para recompensarme?

–Ciento treinta y cuatro dólares..., robados –dijo Harvey, registrándose furiosamente todos los bolsillos-. Devuélvamelos.

Las enérgicas facciones de Troop sufrieron por un momento una curiosa transformación.

–Explicame qué hacías a tus años con ciento treinta y cuatro dólares, jovencito.

–Es parte de mi asignación para gastos..., mensual. –Harvey pensó que aquello sería un golpe decisivo, y así fue..., indirectamente.

–¡Ah! ¡Ciento treinta y cuatro dólares no son más que parte de su dinero para gastos..., durante un mes! ¿No recuerdas haber tropezado con algo mientras caías? ¿No te golpearías con un puntal, por ejemplo? El viejo Hasken, del *Viento del Este* –Troop parecía hablar consigo mismo– tropezó con una escotilla y le dio un buen cabezazo al palo mayor. Unas tres semanas después decidió que el *Viento del Este* era un barco de guerra dedicado a impedir el comercio, y declaró la guerra a Sable Is-

land porque era inglesa y los bajíos se adentraban demasiado en el mar. Lo cosieron dentro de un saco, de manera que, para el resto del viaje, sólo le quedaran fuera la cabeza y los pies, y ahora está en su casa de Essex jugando con muñecas de trapo.

Harvey no podía más de indignación, pero Troop continuó con tono compasivo:

–Lo sentimos por ti. Lo sentimos mucho..., y además tan joven. Creo que no volveremos a hablar del dinero.

–Claro que no. Ustedes me lo han robado.

–Como quieras. Lo hemos robado nosotros si eso te sirve de consuelo. En cuanto a dar media vuelta, suponiendo que pudiéramos hacerlo, que no podemos, tú no estás en condiciones de volver a tu casa, y nosotros acabamos de llegar a los bancos para ganarnos el pan trabajando. Y nosotros no sacamos ni la mitad de cien dólares al mes y, mucho menos, dinero de bolsillo; y si tenemos buena suerte volveremos a pisar tierra firme más o menos durante las primeras semanas de septiembre.

–Pero..., pero estamos en mayo, y yo no puedo quedarme aquí sin hacer nada sólo porque ustedes quieran pescar. ¡Le digo que no puedo!

–Muy cierto y muy justo; claro que sí. Nadie te pide que te cruces de brazos. Hay un montón de cosas que puedes hacer, porque Otto se cayó por la borda en Le Have. Me temo que no se agarró bien durante la tempestad que nos sorprendió allí. En cualquier caso no ha vuelto para desmentirlo. En cambio has aparecido tú, caído del cielo, de manera providencial para todos los interesados. Aunque me temo que son muy pocas las cosas que sabes hacer, ¿no es cierto?

–Sabré cómo complicarles la vida a usted y a su pandilla cuando llegemos a tierra –dijo Harvey, con un rencoreso movimiento de cabeza, murmurando vagas amenazas acerca de «piratería», ante lo que Troop casi sonrió, pero no del todo.

–Excepto hablar. Me olvidaba de eso. No te pedimos que hables más de lo que te apetezca a bordo del *Estamos aquí*. Abre bien los ojos, ayuda a Dan a hacer lo que se le mande y otras cosas por el estilo, y te daré (no lo vales, pero te lo daré) diez dólares y medio al mes; pongamos que treinta y cinco al final del viaje. Trabajar un poco te tranquilizará, y después nos podrás contar todo lo que quieras sobre tu papá, tu mamá y tu dinero.

–Mi madre está en el transatlántico –dijo Harvey con los ojos llenos de lágrimas–. Lléveme inmediatamente a Nueva York.

–¡Pobrecilla! Pero se le olvidará todo cuando vuelvas con ella. La tripulación del *Estamos aquí* son ocho personas y si nos volviéramos ahora, tendríamos que recorrer mil quinientos kilómetros y perderíamos la temporada. Los demás no me lo permitirían, en el caso de que yo estuviera dispuesto a hacerlo.

–Pero mi padre les resarciría.

–Lo intentaré. Estoy seguro de que lo intentaré –dijo Troop–, pero la pesca de toda una temporada es el pan de ocho hombres; y tu salud habrá mejorado cuando lo veas en otoño. Vete a proa y ayuda a Dan. Diez dólares y medio al mes, ya te lo he dicho, además de la manutención, por supuesto, igual que los demás.

–¿Quiere usted decir que voy a tener que limpiar perolas y sartenes y cosas así? –preguntó Harvey.

–Y otras cosas así. Nadie te ha pedido que grites, jovencito.

–¡No cuente conmigo! Mi padre le dará lo bastante para comprar diez veces esta sucia olla de pescado –Harvey pateó con fuerza sobre cubierta– si me lleva a Nueva York sano y salvo; y..., y..., de todas formas me debe usted ciento treinta dólares.

–¿Cómo es eso? –dijo Troop, con expresión repentinamente sombría.

–¿Cómo? Lo sabe demasiado bien. Y encima quiere que haga trabajos serviles –Harvey estaba muy orgulloso de aquel adjetivo– hasta el otoño. Pues no pienso hacerlo. ¿Me oye?

Troop contempló durante un rato con profundo interés la punta del palo mayor, mientras Harvey seguía lanzando su apasionada arenga.

–¡Calla! –dijo por fin–. Estoy pensando cuáles son mis responsabilidades. Tengo que tomar una decisión.

Dan se acercó a hurtadillas y agarró a Harvey del codo.

–No sigas molestando a mi padre –suplicó–. Le has llamado ladrón dos o tres veces, y eso no se lo consiente a ningún ser vivo.

–¡No pienso hacerlo! –casi gritó Harvey, sin hacer caso del consejo, mientras Troop seguía meditando.

–Parece una actitud muy poco razonable –dijo por fin el padre de Dan, bajando la vista hacia Harvey–. No te culpo a ti, jovencito, en lo más mínimo; ni tú me culparás a mí cuando hayas echado toda la bilis que llevas dentro. ¿Estás seguro de que oyes lo que te digo? Diez y medio como segundo pinche de la goleta, además de la manutención, para que aprendas algo y en beneficio de tu salud. ¿Sí o no?